

partes sus defectos y los de su familia.

Carlota, que como se ha dicho, era una dama muy juiciosa, y amaba de preferencia á Matilde, procuró cortar tan odiosa conversacion, preguntando a Eufrosina cuál era su última resolución, y esta pregunta la hizo con harto miedo, pues temia que aquellas buenas señoras quisieran encajarsele en su casa; pero Eufrosina calmó su temor, diciéndole que le comprase ó le enviase á vender un hilo de perlas muy bueno que llevaba, mientras ella iba á buscar casa, porque á la tarde se habia de mudar aunque se viniera el cielo abajo. Carlota ofreció hacer la diligencia con todo empeño, y Eufrosina marchó para la calle.

Cada una de las dos concluyó felizmente su negocio. Carlota vendió bien el hilo; y Eufrosina encontró aunque no casa sola como queria, pero si una buena vivienda principal en una casa de poca vecindad, pues abajo solo tenia dos cuartos y arriba dos viviendas, de las que una estaba ocupada.

Con un cargador mandaron por comida á una fonda, é inmediatamente que comieron, envió Eufrosina por sus trastes,

los puso en su casa; fué á una almoneda, compró otros varios muebles, y se habilitó de la primera criada que encontró. Luego que estuvo todo corriente, volvió á casa de Carlota que le dio trescientos cincuenta pesos que habian dado por el hilo, y despidiéndose Eufrosina le dió las gracias por su empeño. Carlota que no creia su dicha de verse libre de semejantes huéspedes, se despidió tambien con el mayor cariño, dándoles mil abrazos apretados.

No tuvo Eufrosina la atencion de dar parte á su cuñado de casa nueva; pero por Welster y Carlota supimos su método de vida, y algunas aventuras de Pomposa, dignas de que se lean en el capítulo que sigue, para ver el fruto de una mala educacion, y peor direccion de una madre sin juicio ni talento.

CAPITULO IX.

En el que se da razon de una extraña aventura que le sucedió á Pomposita.

Nadie debe extrañar que en lo que sigue de esta verdadera historia falten algunos personages conocidos, y se presenten otros nuevos. Esto es general en el discurs-

so de la vida: conocemos y tratamos á muchos sujetos en diversos tiempos y lugares; pero de estos, unos se enojan, otros se van, otros se mueren, y de unos sabemos su paradero, y de otros no, al tiempo que vamos adquiriendo nuevos conocimientos de personas que substituyen el lugar de los ausentes. Conque si esto es general, el lector, por cosquillozo que sea, nos permitirá que continuemos la relacion de los sucesos de Pomposa y de su buena madre.

Esta era alegre, y la hija no era triste. Resucitaron sus antiguas amistades, y convocaron otras. Las diversiones, tertulias, paseos y frascas eran continuas. Los trescientos cincuenta pesos que dieron por el hilo de perlas y ellas creian serian eternos, porque nunca habian conocido la economía, se iban disminuyendo por la posta; pero los cortejos se aumentaban. Era preciso obsequiarlos con café, chocolate, aguardiente, pulque y envuelitos, segun la hora y el gusto de los caballeros. Doña Eufrosina siempre fué obsequiosa y liberal, y no quisiera parecer pobre ni por todo el oro del mundo.

Con tal franqueza no solo se acabó el

dinerito, sino que fueron á visitar el montepío y las tiendas varias alhajitas, tunicos y tápalos del uso necesario.

La necesidad con su cara de diablo ó de suegra, que todo es uno, se iba acercando mucho, y tanto, que ya subia las escaleras de la casa. No es necesario ponderar la afliccion de estas buenas señoras: ella crecia á proporcion que las escaseces, y ya estaban para ahorcarse, cuando una niña, amiga íntima de Pomposa, que habia aprendido con escritura el arte de la coquetería, la salvó, aunque á caro precio, enseñándola unas máximas ciertamente dignas de las señoronas de su clase.

Quisiera omitir su relacion, pero se me hace escrúpulo, porque puede ser muy útil á los hombres su noticia.

Reducianse las dichas máximas á veinte, y eran estas.

1. Aprecia al que tenga dinero, sea quien fuere.
2. Al que tenga mas, hazle mas aprecio, de modo que tu estimacion se mida por el caudal de tu cortejo.
3. Escasea tus favores, y procura siempre venderlos caros.

4. Fíngete zelosa unas veces, y otras simple, segun te convenga.

5. No desprecies ningun obsequio, sea el que fuere.

6. A los mezquinos, pídeles sin vergüenza.

7. A los que no den nada, échalos de tu casa; porque hacen mala obra sin provecho.

8. Engaña al que sea bobo y se deje.

9. Aprovéchate del primer ímpetu del que te quiera.

10. No creas á ningun amante, aunque haga por tí los mayores sacrificios y finezas.

11. No te apasionen ni pienses en casarte con pobre: únete primero con un negro, un gálico ó un herege, pues todos estos y mayores defectos son disimulables con la plata.

12. Mírate al espejo cuando te compongas, y ensáyate á hablar, despreciar, favorecer y dar esperanzas con los ojos.

13. Aprecia tu mérito mas que el de todo el mundo.

14. Sé desdeñosa unas veces y otras franca, segun las ocasiones y los sujetos con quienes trates.

15. Date á deseo, y olerás á poleo, á torongil y á rosa.

16. Recluta cuantos adoradores puedas, y procura sacar ventaja de todos.

17. Ofréceles á todos, y no cumplas á ninguno.

18. Desconfia de todos, y guárdate no por honor, sino por necesidad.

19. Vístete con lujo aunque no comas.

20. En todas tus correrías amorosas, ten por último fin el interes.

Tan bellas máximas no podian ménos que agradar mucho á Pomposita. En efecto, las aprendió de memoria, y las practicaba al pié de la letra. Dentro de pocos dias comenzó á percibir el fruto de su aplicacion.

Lo primero que hizo fué darles su retiro á los pobretes y mezquinos, como gente inútil y pesada. A todos los demas los pelaba con bastante sagacidad. Cuando veia un cintillito, un pañuelo ú otra cosita que le agradaba, comenzaba á alabársele á su dueño delante de otros con tanta repeticion, que lo obligaba á decirla: *Sírvase V. de ello, señorita*; y entónces, despues de una ligera resistencia, lo tomaba, y con un *mil gracias* quedaba pagada la tal cosa.

Otras veces con un *si yo tuviera: así que tenga: dias ha que estoy deseando*, y otras frasecillas semejantes, les arrancaba á los mis señores lo que podia.

Tambien habia ensayado á su criada para que cuando fuesen ciertos y determinados señores, entrase ella á vender lo que le diera. La criada hacia el papel muy bien; porque entraba con un tápalo de seda, por ejemplo, de los que no le habian visto aquellos sujetos á Pomposa, y decia: Señorita: vea V. qué chulo tápalo vende D.^a Fulana, y tan barato. A esto se seguia ver el tápalo, alabarlo mucho y preguntar por el precio: enténces respondia la criada que seis ú ocho pesos pedian por él. Es dado, decia Pomposa; pero no tengo dinero por ahora: si lo tuviera, no me quedara sin él, pues lo ménos que valen esos tápalos son veinte y cinco pesos. Entónces no faltaba un garboso que metiera mano á la bolsa, y diera el dinero de contado. De esta manera se vendia Pomposa sus friolerillas cuatro ó cinco veces.

Así pasaron algunos meses muy alegres á costa de los bobones que se sacrificaban á competencia, deseando cada uno ser el poseedor de aquella belleza encantadora.

Como el pleito que tuvieron no fué conmigo, jamas me negaron la entrada á su casa; ántes les agradaba, porque juzgaban que yo daria noticia al coronel de sus bonanzas. Ello es que con este pasaporte yo tenia lugar para observar de cerca todas sus gracias.

Pomposa y Eufrosina, cada una por su parte, procuraban sostenerse. Aquella con sus ardides y esta con el disimulo. Yo no he visto prudencia igual á la de la buena de Eufrosina. Por lo ordinario dejaba sola á su hija en el estrado charlando con sus enamorados, y ya se debe inferir que no hablarian de sermones ni jubileos. Otras veces los veia tan separados de su hija que entre los cortejantes y ella no cabia un alfiler, y otras, la veia retozar con los jovencitos con tanta familiaridad como si fueran sus maridos. A Eufrosina, sin embargo, nada le espantaba: de todo se reia; y cuando mucho, solia decir á su hija: Sosiégate, niña: no seas tan juguetona: ¿qué dirán los señores? A este tiempo todos la disculpaban con su corta edad, y la señora quedaba muy contenta y satisfecha. ¡Ah que madre!

Yo me admiraba al ver cómo tan ínti-

ma familiaridad entre ellos y ella no producía algun desaguisado funesto para Pomposa; pero es cierto que unas pasiones destruyen ó enfrenan otras. Ella se defendía no por virtud sino por vanidad.

No faltaban entre los visitantes algunos hombres de bien y acomodados que propusieron ventajosos casamientos á Pomposa; mas ella todos los despreció, porque tenía firme vocacion de ser marquesa, y por entónces no la pasaba mal con su modo; pero qué cosa es permanente en esta vida?

Al cabo de cinco ó seis meses de esta buena vida, fueron todos los cortejantes desengañándose de que Pomposa no pensaba sino en estafar ó ser marquesa; y enfadados de su locura y mala fe, se fueron despidiendo poco á poco, hasta que no quedó en la casa mas visita que un triste meritorio de oficina.

Ya se deja entender que luego que tocó retirada aquella tropa auxiliar, el ejército enemigo, la cruel necesidad, se fué acercando á marchas forzadas á la casa de Pomposa.

Se volvieron á empeñar las predeciatas, á contraer drogas, á darle plazos y

mas plazos al casero, y á experimentarse las indigencias que al principio: y no hubiera sido esto tan fatal, si no hubiera sido mas; pero, por desgracia, el maldito meritorio, el mas zozco, el mas pobrete y despreciable, como se quedó solo en la casa, se hizo el objeto de todas las atenciones y confianzas de Eufrosina y Pomposita.

El aparentaba un amor intenso y una compasion entrañable á una familia tan decente, honrada y digna de ser protegida por un príncipe. ¡Cuántas veces este picaron mezcló sus lágrimas con las de Pomposa al escuchar sus infortunios y desgracias! La simple muchacha creía sus fingimientos, y le manifestaba su gratitud con expresion: él aprovechó estos funestos instantes, y apretó el cerco hasta rendir aquella fortaleza.

La madre, tan engañada como la hija, y por otra parte, asegurada de su alto modo de pensar, jamas creyó lo que pudiera suceder, y así les permitía unas confianzas desmedidas, y les proporcionaba mas lugar del que se había menester.

Cuando el tunante conoció que la debilidad de Pomposa no podía dejar de des-

cubrirse, hizo lo que acostumbran sus semejantes, dió la vuelta, y no le volvieron á ver la cara.

Eufrosina no sabia á qué atribuir aquel retiro que sentia verdaderamente, y mas cuando se informó y supo que ya no estaba en la oficina en donde habia comenzado su carrera. Pomposa bien presumia lo que podia ser; pero procuraba disimular su sentimiento lo posible.

No tuvo igual prudencia la naturaleza. De dia en dia se explicaba con mas claridad, causando ansias terribles á Pomposa. Esta no pudo ménos que descubrirse con una de sus buenas amigas, quien le dijo: No te apures, niña, para todo hay remedio; yo te traeré una bebida con que te cures en un dia esa obstruccion.

La oferta no pudo ser mas criminal; pero Pomposa se amaba mucho: conoció cuanto valia el honor de una muger, despues de haberlo perdido: quiso á lo ménos substraerse de la pública nota, y ya que no tuvo vergüenza para ser madre, la tuvo para mostrarse tal. Ahogó en su corazon los sentimientos de la naturaleza, se hizo desentendida al terrible grito de su conciencia, y acumulando un delito á otro,

bebió el infernal licor con mucho gusto. Mas fuérase por la robuztez de su salud, ó por la ineficacia de la bebida, no correspondió el éxito á su deseo, sino que le hizo buen provecho. Entónces ella ocurrió á su caritativa amiga, quien prometió sacarla del cuidado.

En efecto, á la mañana siguiente le llevó un frasquito, y en él unas cuantas cucharadas no sé de qué brevage condenado. Mandó que tomase dos á las diez del dia, dos á las cuatro de la tarde, y dos á las nueve de la noche, asegurándole que si al dia siguiente no estaba buena y sana, era su última voluntad que la ahorcaran. ¡Tan cierta estaba ésta maldita consejera de la eficacia de su licor!

La inconsiderada Pomposa, deseando desembarazarse prontamente del mal que la affigia, se hizo cargo que si seis cucharadas repartidas habian de obrar en veinte y cuatro horas, tomadas juntas obrarian lo mismo en mucho ménos tiempo; engañada con este falso argumento, se bebió casi todo el frasquito de una vez. Ignoraba la ilustradísima Pomposa que una misma droga, ó llámese medicamento de la botica, puede ser remedio ó veneno segun

fuere la dosis en que se tome; pero esta ocasion lo experimentó bien á su costa.

A la media hora comenzó á sentir unos retortijones terribles que procuró disimular; pero como se aumentaban por instantes, no pudo disimularlos con igual entereza. Los dolores terribles, la hemorragia, las nauseas, la convulsion y síncope fueron tales, que pusieron á su madre en el mayor cuidado. Se llamó al médico, y este que no era lerdo, conoció la causa, y así se lo dijo á Pomposita en un descuido de su madre. Señorita, le decia, V. me asegura que es doncella; pero los efectos que veo me aseguran que no lo es, y aun conozco la causa de su mal.

¡O señor doctor! dijo Pomposa: V. es el hombre feliz del P. Almeida, pues conoce la causa de mi mal.

El médico se sorprendió con tan inesperada erudicion; pero deseando instruirse á fondo de todo cuanto le interesaba, trató de que D.^a Eufrosina le diera lugar, y como no era tonto, lo supo hacer con disimulo.

En estos intermedios le dijo á la enferma: V. ha querido sanar de una vez, y ha tomado algun veneno activo; dígame cuales, porque le importa.

Entonces ella sacó de debajo de la almohada el frasquito con lo poco que le habia quedado, y se lo dió al médico. Este lo olió, lo probó, y falló que tomado en semejante dosis era un legítimo veneno que obraba como tal aunque no con la prontitud del arsénico.

En fin, á fuerza de leche, vomitivos, emolientes y confortativos, consiguió sacarla del peligro, sin poder impedir el efecto, y lo peor de todo fué que D.^a Eufrosina lo advirtió; porque como no habia muchas criadas, y Pomposa contaba ya cuatro meses de enferma, salió *el mal* y lo vió su madre.

En aquel instante disimuló; pero apenas se alivió Pomposa, cuando se lo dijo, y la comenzó á tratar con la mayor dureza, negandola su mesa, su conversacion, y añadiendo á este trato los mayores denuestos é improprios. De tal, y cual no le bajaba un punto; y no satisfecha con aspreza semejante, dió en ponerle las manos con frecuencia.

Pomposita no estaba acostumbrada á estos regalos, y así, no teniendo mas abrigo que sus tios, se fué un dia á su casa: contó cuanto le habia pasado: el coronel

la escuchó con caritativa compasion, y la acogió con lástima.

Eufrosina disimuló al principió la fuga de su hija sabiendo donde estaba; pero como le hacia falta, la extrañaba; porque hay muchas madres que se atienen á sus hijas para comer, y tratan de recogerlas aunque les quiten el bien que tienen, porque en no teniendo carne el anzuelo no cae el pez. Ellas son los anzuelos, sus hijas la carne, los peces los hombres que bobamente se dejan engañar.

Ello es que la buena madre fué á casa del coronel para sacar á su hija. Ni esta queria irse, ni aquel que se fuera; pero fueron tantos los retobos y necedades de Eufrosina, que D. Rodrigo, no pudiéndolos sufrir, consintió en que se la llevara; pero ántes le dijo: Que se vaya la muchacha enhorabuena; mas tenga V. entendido, que va á ser enteramente infeliz, y V. ántes que ella tiene la culpa. Ya la hizo desgraciada en lo privado con su mala educacion, perverso ejemplo y criminal consentimiento; y ahora quiere servirse de ella como de un medio indigno y criminal para vivir.... ¡Pobre muchacha! Ella va á prostituirse al lado de su madre, y á vivir

como una merceneria de su cuerpo. ¡Cuántas fueran ménos infelices si no tuvieran semejantes madres!

No quiso aguantar mas D.^a Eufrosina, y así, haciendo un dengue colérico, le respondió: Hermano, yo no vine á que me prediquen, sino á llevarme á mi hija. ¿Qué le importa á V. ella ni yo, ¿ha de dar V. cuenta á Dios de nosotras? pues déjenos que nos lleve el diablo. Conque vístete, muchacha, y vámonos ántes que me acabe de enfadar.

El coronel, sin hablar otra palabra, la dejó charlando: Pomposa se vistió, se entró á despedir de sus tios, y se fué con su buena madre.

CAPITULO X.

Continúa la desarreglada conducta de Eufrosina y la Quijotita, desatinada inversion que le dieron al último dinero que esperaban tener, y acabó en una noche en el juego. Discurso del coronel contra ese vicio detestable.

Miéntas que mi tutor, D.^a Matilde y yo lamentábamos la suerte infeliz que iba á correr Pomposita, la madre de ella no